

ORANDO CON LA PALABRA

(Domingo 2º Tiempo ordinario)

“ Había una boda en Caná de Galilea y la madre de Jesús estaba allí, Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda. Faltó el vino y la madre de Jesús le dijo: “No les queda vino”. Jesús le contestó :” Mujer, déjame, todavía no ha llegado mi hora”. Su madre dijo a los sirvientes. “Haced lo que él diga”. Había allí colocadas seis tinajas de piedra para las purificaciones de los judíos, de unos cien litros cada una. Jesús dijo: “Llenad las tinajas de agua”. Y las llenaron hasta arriba. Entonces mandó : “Sacad ahora y llevádselo al mayordomo”. Ellos se lo llevaron. El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los sirvientes sí lo sabían, pues habían sacado el agua) y entonces llamó al novio y le dijo: “Todo el mundo pone primero el vino bueno y cuando ya están bebidos el peor, tú en cambio has guardado el vino bueno hasta ahora”. Así en Caná de Galilea Jesús comenzó sus signos, manifestó su gloria y creció la fe de sus discípulos en él. Después bajó a Cafarnaún con su madre y sus hermanos y sus discípulos, pero no se quedaron allí muchos días”.

(Juan 2,1-11)

La Palabra, en el Evangelio de Juan, nos presenta con el relato sencillo y alegre de una boda en la pequeña aldea de Caná, el primer signo que realiza Jesús, en el inicio de su misión.

El vino era símbolo de la alegría y del amor. También en las familias humildes, era expresión de la fiesta y de la alegría compartida por el amor de los esposos. María capta la necesidad ante la escasez del vino y, de alguna manera, adelanta la intervención de Jesús: “Haced lo que él diga”. Y el vino nuevo y bueno estalla en fiesta y se hace signo del anuncio del Reino que está comenzando a fraguarse con Jesús.

La Salvación que Jesús nos ofrece, es la fiesta del amor. Del amor saboreado, compartido, derramado para que todos sean felices. El agua, expresión del rito de purificación que podría significar la rigidez de las normas religiosas, es transformada en vino, en alegría, en vida regalada, en fiesta. El Dios de Jesús es el Dios que está cerca de las personas, de su vida cotidiana para hacerla más humana, mas digna y más feliz. Es el Dios del amor que iguala y hermana a todos y los acompaña en su caminar hacia la plenitud de la fiesta de la justicia y la fraternidad. Es el Dios del amor hecho misericordia, cercano a las dificultades, a las necesidades para llenarlas de sentido y esperanza.

Que nos sintamos invitados a la boda de Caná, que estemos cerca de las personas, compartiendo sus necesidades, sus logros y sus alegrías. Que cuidemos los gestos sencillos y cotidianos que hacen la vida mas agradable y más feliz para todos. Y que estos gestos, sean rostro y anuncio del Dios en quien creemos, el Dios del amor y la misericordia.

ORACIÓN

Sorprendentemente,

tu primer signo de salvación
nos lo presentas en una boda.
Has venido para estar cerca, entre nosotros,
sufriendo con nuestros problemas
y sonriendo con nuestras alegrías;
acogiendo las realidades humanas
y haciendo de ellas, signos de salvación,
que fortalecen la fe
y reactivan la esperanza.

Que como Tú,
estemos cerca de la vida, de las personas,
compartiendo sus temores y sus gozos,
alentando proyectos,
suscitando sonrisas y sueños,
descubriendo, proclamando y agradeciendo
todo lo que en ella es signo de tu presencia,
fuerza dinamizadora
de Salvación y de Reino.

Compartes en Caná
la alegría de una boda.
Cuando tu Madre percibe
que el vino, expresión de la fiesta de bodas, escasea
y te pide un signo de tu fuerza liberadora,
transformas el agua
en vino nuevo y bueno.
El signo de tu acción salvadora
se hace fiesta,
explosión de alegría compartida
por el amor que es entrega y fidelidad,
rostro y anuncio
de lo nuclear de tu mensaje:
El Dios, Padre de misericordia entrañable,
se ha acercado a nosotros, en ti
para abrirnos al Reino del amor.

Que, empapados del vino nuevo
nos sintamos invitados a la boda
y comprometidos
a seguir celebrando

en nuestro ahora y en nuestro hoy,
la fiesta del amor.
Ese amor que es paciente,
paciente con una misma,
para ir superando poco apoco,
los propios temores,
paciente para comprender
el lento avance de la realidad,
para arrimar el hombro hacia su transformación.
Ese amor que llena el cada día
de sonrisas, de cuidado, de servicio,
Ese amor
que acorta distancias,
que abre puertas,
que tiende puentes,
que iguala y hermana
en la justicia y la fraternidad.
Ese amor que no busca lo suyo,
que se descentra de sí mismo
para buscar el bien del otro,
del más cercano, del más débil, del bien común.
Ese amor que se alegra con la verdad,
que la busca humilde y honradamente,
que la busca con los otros
y se siente libre.
Ese amor que espera siempre,
que se mantiene en la brecha
aunque no vea resultados,
que sigue oteando el horizonte
sabiendo que, algún día, la siembra florecerá.

Que invitados a la boda,
seamos signo y anuncio
del Dios en quién creemos,
del Dios de la misericordia entrañable,
que nos convoca a hacer del amor
el núcleo, el gozo y la fuerza de su Reino.

Amén

(Hna. F.Oyonarte)

